



EL ARBOL MELANCÓLICO

En la isla de Goa, cerca de Bombay, se cría un árbol muy singular, conocido con el nombre de «árbol melancólico», porque sólo tiene flores durante la noche.

Al ponerse el sol, no se vé en sus ramas una sola flor; pero media hora después se cubre de ellas materialmente. En cuanto empieza a amanecer, la mayor parte de las flores se desprenden de las ramas y caen al suelo, mientras que las demás se cierran, y este fenómeno se reproduce durante todas las noches del año.

(De la revista «Lumen» de Tarrasa)

¿Por qué?—preguntó mi eterna curiosidad irreprimible ante el misterio. Más irreprimible aún en mí, cuando el enigma se envuelve castamente en un velo de brumas de melancolía y ensoñación.

«Todo tiene en la vida su razón de ser. Toda manifestación responde a una idea preconcebida. Todo tiene su íntima historia de odio o de amor, de muerte o de vida, que graba como un reflejo al alma en el espejo pasivo de la forma. Al descomponerse en fragmentos la primordial materia de Dios, lleva cada fragmento un nombre y cada nombre una idea y cada idea una manifestación. Y de la manifestada acción consecutiva nace en un iris de promesas (sonidos y colores en luminosa vibración buscadora de armonías) una historia quedamente cantada, porque todo canto es vida, notas fugitivas de orquestales cadencias lejanas e ignotas del magno poema inmortal del supremo Canto de Vida»..... — me dijo a boca de jarro, locuaz y atolondrado, precipitado por un sin fin de teorías y justificaciones, mi mismo pensamiento.

Y el corazón, más impulsivo, aunque huérfano de sentencias habladas, quiso sentir, quiso saber esa historia lejana que presen-

tía cálida, tierna, como el roce suave de sedoso terciopelo de los ojos negros, levemente entornados, de una odalisca enamorada, hurí perfumada del harén paradisíaco de un rajá oriental.....

Y alada, sobre el lomo blando del ave ilusión, voló mi alma al oriente, en busca del árbol melancólico, en la diáfana isla del ensueño, allá en Goa, cerca de Bombay.....

* * *

¿Quién te lo dijo a tí, alma turbida del brumoso occidente, que dormidas mis flores en el día abríanse en la noche en el blanco milagro de su soberbia floración?

¿Quién pretendió divulgar el esquema de mi historia a la vera de tus lares nauseabundos, entre raquiticas plantas amarillas y escuálidas como vuestras caras que ostentan su nota mísera entre la miseria de una tierra endurecida y estéril, entre fuentes mudas, entre montañas áridas, entre mares de aguas verdosas como ciénaga encharcada, bajo cielos incrustados en un nácar de plomiza gama que no enciende con la azulidad purísima de sus luces todos los espíritus que allí aletean y todas las formas que ya nacen muriendo, quién?

¿Lo dibujaron agradecidas las estrellas en el cielo con las cifras cabalísticas de su lenguaje celeste? ¿O lo cantó el viento feliz prodigando a tus oídos las blanduras de su áurea existencia voladora?

Si dicen que en occidente ya ni las flores sueñan... ¿cómo soñaréis vosotros, los humanos, si vivís encerrados en la perenne jaula ovoide de negruras que os circunda y envuelve como un vallado de materialidad y prohibición? Si dicen que allí es cada hombre como una cárcel de obscuridades, lóbrega como aquella en que murió Azahiana, la infiel de Loharcín; si dicen las brisas que lo vieron, que allí los hombres apenas si elevan el estandarte de su ideal una pulgada de la prisión inmunda de su carne.

Escucha, si hasta dicen... que las flores ya no quieren perfumes porque el vaho humano las agosta a deshora. Ahora quieren unir su aliento de infección al humano montón de escoria.

Oh, una mísera tierra sin luces ni olores...

¿Languideces en ella, tú? ¿Acaso sueñas?

Pues venid a mí los que aún soñáis, y os contaré mi historia...

Será ella suave como un arrullo de paloma al deslizarse en tus oídos que hirieron otros mitos sangrientos. Y cuéntala luego, que su frescura diáfana será tal vez para alguno de tus hermanos como una caricia blanda, como una estrofa de madrigal, como el trenzar del agua en una fuentequilla de plata que de entre un marco de hiedra surge ignota y que regala a la tierra árida y seca de las almas, su líquido cortejo de frescuras.

Érase un ocaso largo, interminable, cuyo sol muriente agonizaba en ruínas de esplendores, envuelto en el trágico sudario de unas nubes rojas, hundiéndose lentamente tras la tumba negra de las montañas lejanas.

Y su beso de despedida tenía para la naturaleza amada amargores de desesperación. Y en la copa de los árboles más altos, derramó el postrero licor de su vida en la roja sangre burbujeante como en la consagración de un grandioso juramento. Después, la escala de ocre que teñía antes el paraje, volvióse azul, muriendo el día en la placidez tranquila de su hora violada, bañándose el cielo en ondas de zafiro...

La serenidad augusta de la noche cobijaba la tierra trémula y fría, pregonando negruras,....

Entonces, ¡oh pálida soñadora de occidente! dormía yo como todos los árboles y todas las plantas, la trompetería gloriosa de nevada felpa del tesoro de mis flores. Entonces, a la hora del crepúsculo, las mecía en mis ramas cantándoles con el aleteo de las hojas, la romanza que entonan los devas en el umbral del Nirvana.....

Hasta que las almitas blancas de mis flores surcaron el éter, camino de las mayávicas regiones del ensueño....

Pero una noche, en la hora más sombría de su reinado, abrió callandito un pétalo la flor más alta de mi rico penacho de olores, y con el ojillo dorado de su cáliz vió inmovible la negra faz del firmamento. Y en su cara de enigma, bajo el crespón de su manto, atisbó la lágrima de una estrella brotar encendida de sus pupilas negras, y resbalar sobre la mejilla ardiente de la inmensa bóveda, dejando en ella un recuerdo de plata. La noche lloraba...

Veló mi flor, abierta al misterio, abierta al dolor.

Y sentada en el alto trono de mis erguidas ramas, vió dormir replegada en sí misma, toda la creación en su concha de egoísmos. Vió dormir todas las flores en el sueño rosa del lucir de sus galas en el día, ante el dador de la luz. Y la noche lloraba.

¿Por qué lloraría la noche?

Meditó, hasta que una romería de luces cantó en el espacio la gama suprema de su croma divina. Hasta que el carro del sol rompió con su ímpetu las vallas del cielo y atravesó entre nubes de oro, rodando victorioso sobre los campos sin fin del firmamento, prodigando las perlas del rocío sobre las lindas cabecitas de las flores que se abrían para mirarle y adorarle, cegadas de deseos a su luz.....

—Padre—me dijo la florecilla que velara.—Hoy vi llorar la noche..... Era un llanto muy triste, muy triste el suyo, padre. Hasta me pareció más negra en su dolor tan hondo, me pareció olvidada, me pareció abandonada de la tierra, ella, la eterna enlutada suspirante de amor... ¿Acaso no vela ella el sueño tranquilo de la vasta flora del mundo? ¿No nos abandonamos todas a su seno maternal? ¿No ablanda ella la ardencia quemante de los pétalos de las flores ostentosas que se yerguen todo el día de cara al sol enamorándole con el coqueteo de sus posturas o con el cimbreo de sus tallos quebradizos que se dibujan ágiles sobre el blando tapiz de las verdes hojas? ¡Qué ingratas somos las flores, padre! Para el día que nos halaga y nos mima y nos dá colores, todo: besos, miradas, danzas y aromas. Para la noche serena que nos prodiga reposo y frescura, nada. Ni una flor se abre en ella para reflejar en la seda de sus pétalos abiertos, como un saludo a sus lejanías, la luz de una sola estrella, lucero de tristezas a quien nadie quiere.....

—¿Y qué le vamos a hacer, hija? Todo el mundo es igual, es la costumbre. Nos damos sólo a lo que nos gusta, a lo que nos divierte, sin parar mientes en el sufrir y en el llorar ajeno... sin advertir que al cerrar los ojos a algún dolor, la inacción aquella es ya un cargo de maldad para el alma. Que en el libro más íntimo de la conciencia es una hoja que pasa que al no imprimir en ella el débito de unos caracteres, al hojearla luego en nuestra memoria, la hace cada vez más obscura el tiempo, más obscura, hasta

convertirla en negra.² Una página que se nos presentó a nuestro albedrío inmaculada.....

Sí, hija, dices bien, somos ingratos para la noche dolorosa, somos ingratos.... ¿qué harías, tú?

—¿Yo, padre?— me respondió mi flor con un calor que jamás soñara en ella.— Yo os rogaría con toda el alma que ya que todas las flores duermen en la noche el sueño de la ingratitud y de la indiferencia, cantemos nosotras el cariño de nuestro amor por ella y alegraremos su existencia triste..... ¿Acaso la gloria de la caridad y del bien hecho en la sombra no es más bella que todos los halagos altaneros del día? Tú, padre, cantarás con el suave balancear de tus tronquillos y el leve ondeo de las hojas, un cántico a su nombre con los murmullos ténues, con los dejos cadenciosos de una vira dorada. Quedito, muy quedito, por no despertar las flores dormidas al ensueño de su falsa gloria. Y la noche triste oirá el ensalmo en su soberana quietud, y brillarán con más fuego las estrellas, lámparas de un jardín de maravilla y gozarán en el descomponer de sus luces sobre las joyas del rocío con que orlaremos los bordes caídos de nuestras caritas blancas, como diamantes solitarios y austeros..... Y si un día la noche nos vé y sonríe al contemplarnos con la luz de sus estrellas, ¿no seremos más felices en nuestro aparente olvido de la pomposa luz halagadora del día, que las flores de ilusión que se abren sólo a las risas de sus luces? ¡Si hasta temblaremos de goce y de emoción al recibir al entreabrirnos la tembladora mirada del primer lucero, padre!.....

Y desde aquel día, ¡oh pálida soñadora del brumoso occidente! durmieron mis flores al nacer el día y despertaron cuando envolvía aún en sus purpúreos resplandores postreros las primeras flores desveladas, el sol vencido.

¿Meditas, extranjera? ¿Te juzgas ya con harto montón de lino fantaseoso para hilarlo luego en la rueca encantada de tus sueños? Espera, espera.

Otro día, cuando desgranaba la aurora el rosario de sus tonos de encanto entre celajes de bruma y plegábanse en su cuna de nácares para dormirse mis flores en capullo, arrulladas por los sonos argentinos de las gargantas canoras de mil aves de colores, per-

cibí en la rugosa corteza de mi abrupto tronco, el roce muelle de una flor que me llamaba. Abrió con disimulo un pétalo que la cubría y con su vocecita de dulzuras susurró a mi oído impregnándome con su aliento de aromas:

—¿Padre, no sabeis? Desvelada he saludado al día y he visto al viento vagar llorando en torno de mí. Primero nos llamó con la fresca alegría de sus trovas pasadas. Luego, en el desespero de su desencanto por nuestro olvido, nos abraza y sacude, gimiendo la elegía de su añoranza sobre sus flores dormidas, sus favoritas de amor que brindaban a sus caricias primeras todo el encanto de aromas prendiéndolo con besos en sus alas.

Ahora, padre, la canción de su amor es triste, muy triste. Sólo unas ramillas en la altura responden y se inclinan enternecidas a sus súplicas desesperadas y su voz de consuelo es para él un silbido que le hiere como un puñal, que le daña como una herida..... Pobre vientecillo mío..... ¡qué ingratas somos con él, padre!

—¿Pero hija, qué vamos a hacer, entonces? Lloro la noche el olvido de las flores y a ella os abris en ansias de caridad y de consuelos, y si llora el viento, ¿debemos dejar de nuevo en olvido la noche, para no dejarle a él olvidado, huérfano del amor de sus flores favoritas? ¿Qué harías tú, hija?

—¿Yo, padre? — me respondió con cálida vehemencia que jamás soñara.—Yo me daría al viento. Yo quisiera que la mitad de mis hermanitas, las que se inclinan hacia la tierra, le tendieran en la mañana sus bracitos, mirándole con alegría al sonreír de su cáliz. Y en amor de sacrificio, padre, nos entregaríamos a él y en sus alas le brindaríamos, en lugar de una caricia fugaz como antaño, nuestro perpétuo estuche de aromas como una escolta de felicidad a sus desvelos....

Ví a aquella hija de mi alma muy alta en su altruísta decisión, muy grande en su piedad.

Escondí entre las arrugas de mi corteza una lágrima que resbalaba, como la flor ardiente de la savia de mi corazón herido, y pude decir:

—Id, hijas mías, id.

Y las ofrecí temblando al viento que lloraba, que las envolvió en la cálida caricia de su ansioso abrazo y huyó con ellas, lejos,

lejos, dejándome para consuelo cada una un beso de aroma de despedida y una gota verde como una esmeralda en el extremo de sus tallos rotos.

Entonces sentí la savia correr precipitada por mis venas, agitada por la pasión del sacrificio, y el sollozo que reprimí en mis entrañas, ¡oh pálida soñadora del prosaico occidente! floreció a la mañana del otro día en una bendición de capullos blancos, convexo abanico de gentil princesa, que con alegría ofrecí entonces entero al viento y a la noche, a las estrellas del cielo y a los rumores del día.....

Y comprendí que hay una ley inmensa, muy inmensa, que rige el código superior de las bondades ignoradas.

Que es como el incienso del sacrificio, que al llegar al cielo de la retribución, cuanto más se eleva, se ensancha y resplandece como una nube blanca que cubre el firmamento. Y que es, en suma, el hilillo azulado que se quema en el sacrificio ignorado en un rincón del mundo, de un mísero pebetero.

Vuelve a tus lares, ¡oh pálida soñadora de occidente!, y cuenta a tus hermanos la leyenda de mi vida. Diles que aunque alguna vez lloraren la tierna despedida de unas flores de ilusión, si las ofrecen en aras del cielo o de la tierra, florecerán de nuevo en su alma en un milagro de blancas flores de pureza y de alegría, en una más alta ilusión.

Que lo que damos de corazón a los hijos y a las cosas de Dios, a nosotros mismos lo damos.

* * *

Sobre el lomo encantado del ave de la fantasía, atravesé de un vuelo las llanuras y los montes patrios, cubiertos de una densa neblina de prosaismo y materialidad.

Llegaba del viaje feliz de mi corta estancia en oriente, en la diáfana isla del ensueño, allá en Goa, cerca de Bombay.....

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS.